

Tu ingenio y tu valor estar solia,  
A despecho y pesar de la ventura  
Que por otro camino me desvia,  
Está y estará en mí tanto clavada,  
Cuanto del cuerpo el alma acompañada.

Y aún no se me figura que me toca  
Aqueste oficio solamente en vida;  
Mas con la lengua muerta y fria la boca  
Pienso mover la voz á ti debida.  
Libre mi alma de su estrecha roca,  
Por el Estigio lago conducida,  
Celebrándote irá, y aquel sonido  
Hará parar las aguas del Olvido.

Mas la fortuna, de mi mal no harta,  
Me affige y de un trabajo en otro lleva:  
Ya de la patria, ya del bien me aparta,  
Ya mi paciencia en mil maneras prueba;  
Y lo que siento más es que la carta  
Dónde mi pluma tu alabanza mueva,  
Poniendo en su lugar cuidados vanos,  
Me quita y me arrebatá de las manos.

Pero por más que en mí su fuerza pruebe  
No tornará mi corazón mudable;  
Nunca dirán jamás que me remueve  
Fortuna de un estudio tan loable.  
Apolo y las hermanas, todas nueve,  
Me darán ocio y lengua con que hable  
Lo ménos de lo que en tu sér cupiere,  
Que esto será lo más que yo pudiere.

En tanto no te ofenda ni te harte  
Tratar del campo y soledad que amaste,  
Ni desdeñes aquesta inculta parte  
De mi estilo, que en algo ya estimaste,  
Entre las armas del sangriento Marte,  
Do apenas hay quien su furor contraste,

Hurté de tiempo aquesta breve suma,  
Tomando, ora la espada, ora la pluma.

Aplica, pues, un rato los sentidos  
Al bajo són de mi zampoña ruda,  
Indigna de llegar á tu oídos,  
Pues de ornamento y gracia va desnuda;  
Mas á las veces son mejor oídos  
El puro ingenio y lengua casi muda,  
Testigos limpios de ánimo inocente,  
Que la curiosidad del elocuente.

Por aquesta razon, de tí escuchado,  
Aunque me falten otras, ser merezco.  
Lo que puedo te doy, y lo que he dado,  
Con recibillo tú yo me enriquezco.  
De cuatro ninfas que del Tajo amado  
Salieron juntas, á cantar me ofrezco,  
Filódoce, Dinámene y Climene,  
Nise, que en hermosura par no tiene.

Cerca del Tajo, en soledad amena,  
De verdes sauces hay una espesura,  
Toda de hiedra revestida y llena,  
Que por el tronco va hasta la altura,  
Y así la teje arriba y encadena,  
Que el sol no halla paso á la verdura;  
El agua baña el prado con sonido,  
Alegrando la hiedra y el oído.

Con tanta mansedumbre el cristalino  
Tajo en aquella parte caminaba,  
Que pudieran los ojos el camino  
Determinar apenas que llevaba.  
Peinando sus cabellos de oro fino,  
Una ninfa del agua do moraba  
La cabeza sacó, y el prado ameno  
Vido de flores y de sombra lleno. [to,  
Movióla el sitio umbroso el manso vien-

El suave olor de aquel florido suelo.  
Las aves en el fresco apartamiento  
Vió descansar del trabajoso vuelo.  
Secaba entónces el terreno aliento  
El sol subido en la mitad del cielo.  
En el silencio sólo se escuchaba  
Un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado una gran pieza  
Atentamente aquel lugar sombrío,  
Somorgujó de nuevo su cabeza,  
Y al fondo se dejó calar del río.  
A sus hermanas á contar empieza  
Del verde sitio el agradable frío,  
Y que vayan las ruega y amonesta  
Allí con su labor á estar la siesta. [go,

No perdió en esto mucho tiempo el rue-  
Que las tres dellas su labor tomaron,  
Y en mirando de fuera, vieron luégo  
El prado, hácia el cual enderezaron.  
El agua clara con lascivo juego  
Nadando dividieron y cortaron  
Hasta que el blanco pié tocó mojado,  
Saliendo de la arena, el verde prado.

Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,  
Ecurrieron del agua sus cabellos,  
Los cuales esparciendo, cobijadas  
Las hermosas espaldas fueron dellos.  
Luégo sacando telas delicadas,  
Que en delgadez competian con ellos,  
En lo más escondido se metieron,  
Y á su labor atentas se pusieron.

Las telas eran hechas y tejidas  
Del oro que el felice Tajo envía,  
Apurado, despues de bien cernidas  
Las menudas arenas do se cria,

Y de las verdes hojas reducidas  
En estambre sutil, cual convenia  
Para seguir el delicado estilo  
Del oro ya tirado en rico hilo.

La delicada estambre era distinta  
De las colores que ántes le habian dado  
Con la fineza de la varia tinta  
Que se halla en las conchas del pescado.  
Tanto artificio muestra en lo que pinta  
Y teje cada ninfa en su labrado,  
Cnanto mostraron en sus tablas ántes  
El celebrado Apéles y Timántes.

Filódoce, que así de aquéllas era  
Llamada la mayor, con diestra mano  
Tenía figurada la ribera  
De Estrimon, de una parte el verde llano,  
Y de otra el monte de aspereza fiera,  
Pisado tarde ó nunca de pié humano,  
Donde el amor movió con tanta gracia  
La dolorosa lengua del de Tracia.

Estaba figurada la hermosa  
Eurídice, en el blanco pié mordida  
De la pequeña sierpe ponzoñosa,  
Entre la hierba y flores escondida;  
Descolorida estaba como rosa  
Que ha sido fuera de sazón cogida,  
Y el ánima, los ojos ya volviendo,  
De la hermosa carne despidiendo.

Figurado se via extensamente  
El osado marido que bajaba  
Al triste reino de la oscura gente,  
Y la mujer perdida recobraba;  
Y cómo despues desto él, impaciente  
Por mirarla de nuevo, la tornaba  
A perder otra vez, y del tirano

Se queja al monte solitario en vano.

Dinámenne no ménos artificio  
Mostraba en la labor que habia tejido,  
Pintando á Apolo en el robusto oficio  
De la silvestre caza embebecido.  
Mudar presto le hace el ejercicio  
La vengativa mano de Cupido,  
Que hizo á Apolo consumirse en lloro  
Despues que le enclavó con punta de oro.

Dafne, con el cabello suelto al viento,  
Sin perdonar al blanco pié, corria  
Por áspero camino tan sin tiento,  
Que Apolo en la pintura parecia  
Que, porque ella templase el movimiento,  
Con ménos ligereza la seguia.

El va siguiendo, y ella huye como  
Quien siente al pecho el odioso plomo.

Mas á la fin los brazos le crecian,  
Y en sendos ramos vueltos se mostraban,  
Y los cabellos, que vencer solian  
Al oro fino, en hojas se tornaban;  
En torcidas raíces se extendian  
Los blancos piés, y en tierra se hincaban.  
Llora el amante, y busca el sér primero,  
Besando y abrazando aquel madero.

Climene, llena de destreza y maña,  
El oro y las colores matizando,  
Iba de hayas una gran montaña  
De robles y de peñas variando.  
Un puerco entre ellas, de braveza extraña  
Estaba los colmillos aguzando  
Contra un mozo, no ménos animoso,  
Con su venablo en mano ¡qué hermoso!

Tras esto, el puerco allí se via herido  
De aquel mancebo por su mal valiente,

Y el mozo en tierra estaba ya tendido,  
Abierto el pecho del rabioso diente,  
Con el cabello de oro desparcido,  
Barriendo el suelo miserablemente:  
Las rosas blancas por allí sembradas  
Tornaba con su sangre coloradas.

Adónis éste se mostraba que era,  
Segun se muestra Venus dolorida,  
Que viendo la herida abierta y fiera,  
Sobre él estaba casi amortecida.  
Boca con boca coge la postrera  
Parte del aire que solia dar vida  
Al cuerpo, por quien ella en este suelo  
Aborrecido tuvo al alto cielo.

La blanca Nise no tomó á destajo  
De los pasados casos la memoria,  
Y en la labor de su sutil trabajo  
No quiso entretejer antigua historia;  
Antes mostrando de su claro Tajo  
En su labor la celebrada gloria,  
Lo figuró en la parte donde baña  
La más felice tierra de la España.

Pintado el caudaloso rio se via,  
Que, en áspera estrechez reducido,  
Un monte casi alrededor ceñia,  
Con impetu corriendo y con ruido:  
Querer cercarle todo parecia  
En su volver; mas era afan perdido;  
Dejábase correr, en fin, derecho,  
Contento de lo mucho que habia hecho

Estaba puesta en la sublime cumbre  
Del monte, y desde allí por él sembrada,  
Aquella ilustre y clara pesadumbre,  
De antiguos edificios adornada.  
De allí con agradable mansedumbre

El Tajo va siguiendo su jornada,  
Y regando los campos y arboledas  
Con artificio de las altas ruedas.

En la hermosa tela se veían  
Entretejidas las silvestres diosas  
Salir de la espesura, y que venían  
Todas á las riberas presurosas,  
En el semblante tristes, y traían  
Cestillos blancos de purpúreas rosas,  
Las cuales esparciendo, derramaban  
Sobre una ninfa muerta que lloraban.

Todas con el cabello desparcido  
Lloraban una ninfa delicada,  
Cuya vida mostraba que habia sido  
Antes de tiempo y casi en flor cortada.  
Cerca del agua, en un lugar florido  
Estaba entre las hierbas degollada,  
Cual queda el blanco cisne cuando pierde  
La dulce vida entre la hierba verde.

Una de aquellas diosas, que en belleza,  
Al parecer, á todas excedía,  
Mostrando en el semblante la tristeza  
Que del funesto y triste caso habia,  
Apartada algun tanto, en la corteza  
De un álamo unas letras escribía,  
Como epitafio de la ninfa bella,  
Que hablaban así por parte della:

«Elisa soy, en cuyo nombre suena  
Y se lamenta el monte cavernoso,  
Testigo del dolor y grave pena  
En que por mí se aflige Nemoroso,  
Y llama á Elisa. Elisa á boca llena  
Responde el Tajo, y lleva presuroso  
Al mar de Lusitania el nombre mio,  
Donde será escuchado, yo lo fio.»

En fin, en esta tela artificiosa  
Toda la tela estaba figurada,  
Que en aquella ribera deleitosa  
De Nemoroso fué tan celebrada;  
Porque de todo aquesto y cada cosa  
Estaba Nise ya tan informada,  
Que llorando el pastor, mil veces ella  
Se enterneció escuchando su querella.

Y porque aqueste lamentable cuento  
No sólo entre las selvas se contase,  
Mas dentro de las ondas sentimiento  
Con la noticia de esto se mostrase,  
Quiso que de su tela el argumento  
La bella ninfa muerta señalase,  
Y así se publicase de uno en uno  
Por el humido reino de Neptuno.

Destas historias tales variadas  
Eran las telas de las cuatro hermanas,  
Las cuales, con colores matizadas  
Y claras luces de las sombras vanas,  
Mostraban á los ojos reveladas  
Las cosas y figuras que eran llanas;  
Tanto que al parecer el cuerpo vano  
Pudiera ser tomado con la mano.

Los rayos ya del sol se trastornaban,  
Escondiendo su luz, al mundo clara,  
Tras altos montes, y á la luna daban  
Lugar para mostrar su blanca cara;  
Los peces á menudo ya saltaban,  
Con la cola azotando el agua clara,  
Cuando las ninfas, la labor dejando,  
Hácia el agua se fueron paseando.

En las templadas ondas ya metidos  
Tenían los piés, y reclinar querían  
Los blancos cuerpos, cuando sus oídos

Fueron de dos zampoñas que tañian  
Suave y dulcemente, detenidos;  
Tanto que sin mudarse las oían,  
Y al son de las zampoñas escuchaban  
Dos pastores á veces que cantaban.

Más claro cada vez el són se oía  
De los pastores, que venían cantando  
Tras el ganado, que también venía  
Por aquel verde soto caminando,  
Y á la majada, ya pasado el día,  
Recogido llevaban, alegrando  
Las verdes selvas con el són suave,  
Haciendo su trabajo menos grave.

Tirreno destos dos el uno era,  
Alcino el otro, entrambos estimados,  
Y sobre cuantos pacen la ribera  
Del Tajo con sus vacas enseñados;  
Mancebos de una edad, de una manera  
A cantar juntamente aparejados,  
Y á responder. Aquesto van diciendo,  
Cantando el uno, el otro respondiendo.

TIRRENO.

Flérida, para mí dulce y sabrosa  
Más que la fruta del cercado ajeno,  
Más blanca que la leche y más hermosa  
Que el prado por Abril de flores lleno;  
Si tú respondes pura y amorosa  
Al verdadero amor de tu Tirreno,  
A mi mojada arribarás primero  
Que el cielo nos amuestre su lucero.

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea

Amargo al gusto más que la retama,  
Y de tí despojado yo me vea,  
Cual queda el tronco de su verde rama,  
Si más que yo el murciélagó desea  
La oscuridad, ni más la luz desama  
Por ver el fin de un término tamaño  
Deste día, para mí mayor que un año.

TIRRENO.

Cual suele acompañada de su bando  
Aparecer la dulce primavera,  
Cuando Favonio y Céfiro soplando  
Al campo tornan su beldad primera,  
Y van artificiosós esmaltando  
De rojo, azul y blanco la ribera;  
De tal manera á mí, Flérida mía,  
Viniendo, reverdece mi alegría.

ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento,  
Embravecido en la fragosa sierra,  
Que los antiguos robles ciento á ciento  
Y los pinos altísimos atierra,  
Y de tanto destrozo aún no contento,  
Al espantoso mar mueve la guerra?  
Pequeña es esta furia, comparada  
A la de Filis, con Alcino airada

TIRRENO.

El grande trigo multiplica y crece;  
Produce el campo en abundancia tierno  
Pasto al ganado; el verde monte ofrece

A las fieras salvajes su gobierno;  
A do quiera que miro me parece  
Que derrama la copia todo el cuerno;  
Mas se convertirá todo en abrojos  
Si dello aparta Flérída sus ojos.

ALCINO.

De la esterilidad es oprimido  
El monte, el campo, el soto y el ganado;  
La malicia del aire corrompido  
Hace morir la hierba mal su grado;  
Las aves ven su descubierto nido,  
Que ya de verdes hojas fué cercado;  
Pero si Filis por aquí tornáre,  
Hará reverdecer cuanto miráre.

TIRRENO.

El álamo de Alcides escogido  
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo;  
De la hermosa Vénus fué tenido  
En precio y en estima el mirto solo;  
El verde sauz de Flérída es querido,  
Y por suyo entre todos escogiolo:  
Doquiera que de hoy más sauces se hallen,  
El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO.

El fresno por la selva en hermosura  
Sabemos ya que sobre todos raya,  
Y en aspereza y monte de espesura  
Se aventaja la verde y alta haya;  
Mas el que la beldad de tu figura

Donde quiera mirado, Filis, haya,  
Al fresno y á la haya en tu aspereza  
Confesará que vence su belleza.—

Esto cantó Tirreno y esto Alcino  
Le respondió; y habiendo ya acabado  
Al dulce són, siguieron su camino  
Con paso un poco más apresurado.  
Siendo á las ninfas ya el rumor vecino,  
Juntas se arrojan por el agua á nado,  
Y de la blanca espuma que movieron,  
Las cristalinas ondas se cubrieron.

---

A LA FLOR DE GNIDO.

CANCION.

Si de mi baja lira  
Tanto pudiese el són, que en un momento  
Aplacase la ira  
Del animoso viento,  
Y la furia del mar y el movimiento;  
Y en ásperas montañas  
Con el suave canto enterneciese  
Las fieras alimañas,  
Los árboles moviese  
Y al són confusamente los trajese;  
No pienses que cantado  
Sería de mí, hermosa flor de Gnido,  
El fiero Marte airado,  
A muerte convertido,  
De polvo y sangre y de sudor teñido;

Ni aquellos capitanes  
En las sublimes ruedas colocados,  
Por quien los alemanes,  
El fiero cuello atados,  
Y los franceses van domesticados.  
Mas solamente aquella  
Fuerza de tu beldad sería cantada,  
Y alguna vez con ella  
Tambien sería notada  
El aspereza de que estás armada;  
Y cómo por tí sola,  
Y por tu gran valor y hermosura,  
Convertida en viola,  
Llora su desventura  
El miserable amante en tu figura.  
Hablo de aquel cativo,  
De quien tener se debe más cuidado,  
Que está muriendo vivo,  
Al remo condenado,  
En la concha de Venus amarrado.  
Por tí, como solia,  
Del áspero caballo no corrige  
La furia y gallardía,  
Ni con freno le rige,  
Ni con vivas espuelas ya le aflige.  
Por tí, con diestra mano  
No revuelve la espada presurosa,  
Y en el dudoso llano  
Huye la polvorosa  
Palestra como siempre ponzoñosa.  
Por tí su blanda musa,  
En lugar de la cítara sonante,  
Tristes querellas usa,  
Que con llanto abundante  
Hacen bañar el rostro del amante.

Por tí el mayor amigo  
Le es importuno, grave y enojoso;  
Yo puedo ser testigo,  
Que ya del peligroso  
Naufragio fui su puerto y su reposo.  
Y agora en tal manera  
Vence el dolor á la razon perdida,  
Que ponzoñosa fiera  
Nunca fué aborrecida  
Tanto como yo dél, ni tan temida.  
No fuiste tu engendradora  
Ni producida de la dura tierra;  
No debe ser notada  
Que ingratamente yerra  
Quien todo el otro error de sí destierra.  
Hágate temerosa  
El caso de Anajárete, y cobarde,  
Que de ser desdeñosa  
Se arrepintió muy tarde;  
Y así su alma con su mármol arde.  
Estábase alegrando  
Del mal ajeno el pecho empedernido,  
Cuando abajo mirando,  
El cuerpo muerto vido  
Del miserable amante, allí tendido.  
Y al cuello el lazo atado,  
Con que desenlazó de la cadena  
El corazon cuitado,  
Que con su breve pena  
Compró la eterna punición ajena.  
Sintió allí convertirse  
En piedad amorosa el aspereza.  
¡Oh, tarde arrepentirse!  
¡Oh, última ternera!  
¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron  
En el tendido cuerpo que allí vieron;  
Los huesos se tornaron  
Más duros y crecieron,  
Y en sí toda la carne convirtieron;  
Las entrañas heladas  
Tornaron poco á poco en piedra dura;  
Por las venas cuitadas  
La sangre su figura  
Iba desconociendo y su natura,  
Hasta que finalmente,  
En duro mármol vuelta y trasformada,  
Hizo de sí la gente  
No tan maravillada  
Cuanto de aquella ingratitude vengada.  
No quieras tú, señora,  
De Némesis airada las saetas  
Probar, por Dios, agora;  
Baste que tus perfetas  
Obras y tu hermosura á los poetas  
Den inmortal materia,  
Sin que tambien en verso lamentable  
Celebren la miseria  
De algun caso notable  
Que por tí pase triste y miserable.

## SONETOS.

### I.

Dentro de mi alma fué de mí engendra- [do  
Un dulce amor, y de mi sentimiento  
Tan aprobado fué su nacimiento  
Como de un solo hijo deseado;  
Mas luégo nació dél quien ha estragado  
Del todo el amoroso pensamiento:  
En áspero rigor y en gran tormento  
Los primeros deleites ha trocado.  
¡Oh crudo nieto, que das vida al padre  
Y matas al abuelo! ¿por qué creces [do?  
Tan desconforme á aquel de que has naci-  
¡Oh celoso temor! ¿á quién pareces?  
¡Que áun la invidia, tu propia y fiera [madre,  
Se espanta en ver el monstruo que ha [parido!

### II.

Estoy continuo en lágrimas bañado,  
Rompiendo siempre el aire con sospiros;  
Y más me duele á mí no osar deciros  
Que he llegado por vos á tal estado, [do  
Que viéndome do estoy y lo que he anda-  
Por el camino estrecho de seguiros,  
Si me quiero tornar para huiros,  
Desmayo viendo atras lo que he dejado;  
Y si quiero subir á la alta cumbre,  
A cada paso espántanme en la vía  
Ejemplos tristes de los que han caído.  
Sobre todo, me falta ya la lumbre



De la esperanza, con que andar solia  
Por la escura region de vuestro olvido.

III.

Echado está por tierra el fundamento  
Que mi vivir cansado sostenia.  
¡Oh, cuánto bien se acaba en solo un día!  
¡Oh, cuántas esperanzas lleva el viento!  
¡Oh, cuán ocioso está mi pensamiento  
Cuando se ocupa en bien de cosa mía!  
A mi esperanza, así como á baldía,  
Mil veces la castiga mi tormento.

Las más veces me entrego, otras resisto  
Con tal furor, con una fuerza nueva,  
Que un monte puesto encima rompería.

Aqueste es el deseo que me lleva  
A que desee tornar á ver un día  
A quien fuera mejor nunca haber visto.

IV.

[das,  
¡Oh, dulces prendas, por mi mal halla-  
Dulces y alegres cuando Dios quería!  
Juntas estais en la memoria mía,  
Y con ella en mi muerte conjuradas.  
¿Quién me dijera, cuando en las pasa-  
Horas en tanto bien por vos me via, [das  
Que me habiais de ser en algun día  
Con tan grave dolor representadas?

Pues en una hora junto me llevastes  
Todo el bien que por términos me distes,  
Llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes  
En tantos bienes, porque deseastes  
Verme morir entre memorias tristes.

## FRAY LUIS DE LEON

### ODAS

#### LA VIDA TRANQUILA.

¡Qué descansada vida  
La del que huye el mundanal ruido,  
Y sigue la escondida  
Senda por donde han ido [sido!  
Los pocos sabios que en el mundo han  
Que no le enturbia el pecho  
De los soberbios grandes el estado,  
Ni del dorado techo  
Se admira, fabricado  
Del sabio moro, en jaspes sustentado.  
No cura si la fama  
Canta con voz su nombre pregonera,  
Ni cura si encarama  
La lengua lisonjera  
Lo que condena la verdad sincera.  
¿Qué presta á mi contento,  
Si soy del vano dedo señalado,  
Si en busca de este viento